



# LAS AVENTURAS DE CALAMITY QUEEN

*A mi gran amigo Fernando, del fin Omacha,  
espíritu libre del Amazonas*



éride ediciones



## Capítulo 1

Los primeros brotes de la primavera de 1660 salpicaban de verde los jardines del Real Alcázar de Madrid. La cálida luz matinal colmaba el despacho del rey Felipe IV el Grande; se filtraba por los grandes ventanales, iluminando un enorme lienzo enmarcado en arte barroco, el cual ocupaba por completo la pared frontal. La composición, el color y la luz del cuadro era perfecta, lo que unido a su tamaño, prolongaba más allá de la realidad la estancia en el que se exponía.

—Decidme, mi fiel amigo, ¿acaso no es demasiado joven el hombre que proponéis para dirigir tan importante empresa? —preguntó el rey, envejecido y cansado por el tiempo y las guerras que azotaban continuamente la Corona de España. Lucía un ancho tabardo con cuello de encaje y mangas bobas, por debajo de las cuales asomaba un sayo negro; y alzó el mentón, a la par que fijaba la vista sobre el lienzo y posaba una mano cerca del rostro pintado de la infanta Margarita.

Su Majestad la reina Mariana de Austria, ataviada con un vestido rojizo de notable escote y de ancha falda, descansaba degustando leche caliente con miel en una taza de porcelana, que acompañaba de pastas recién horneadas; y miraba también, sin decir palabra, aquel inmenso cuadro que concentraba el color y la luz en el rostro de su hija.

—A pesar de su juventud, don Fernando dispone de un amplio historial y de una reputación intachable, lo cual le ha hecho merecedor de mi absoluta confianza —contestó Luis Méndez de Haro, marqués de Carpio, primer ministro del rey y canciller de las Indias.

—¿Os habéis fijado? Esta obra es tan diferente —aseguró el rey—. Llevo cinco años contemplándola y no deja de sorprenderme. Le pedí al maestro un lienzo ejemplar... ¡Y se pintó él!

El marqués de Carpio contempló la obra, de lado a lado.

—Observad la presencia de mi querida esposa y la mía en el lienzo, solo somos el liviano reflejo de un espejo —apuntó el rey.

—El maestro Velázquez se ha tomado ciertas libertades que no le corresponden, su figura eclipsa la obra, le gusta alardear en demasía su posición en palacio.

El rey observó al marqués sin realizar gesto alguno y volvió su vista hacia la reina, la cual le dedicó una sonrisa que confirmaba aquel pensamiento, a la vez que alzaba una ceja como expresando que era algo que ella ya le había comentado.

—¡No! —exclamó el rey—. ¿Cómo podéis decir tal barbaridad? ¡Es una obra maestra! ¿A quién se le podría ocurrir tal cosa? ¡A un genio! He sido ilustrado siempre gallardo, ya fuera a pie o en pose ecuestre; pero nunca junto a mi amada esposa y observando a mi hija, a los míos. Margarita parece tan real. Pero decidme, ese joven...

—Fernando es hombre de leal familia. Como bien sabéis, su padre estuvo victorioso en la campaña contra las tropas francesas, héroe en el sitio de Barcelona —aseguró el marqués, con cierto orgullo.

—Aún recuerdo el eco de los cañones, el olor de la pólvora quemada y los gritos de horror. Tantos hijos de España, tanta sangre de ilustres varones derramada. Pero logramos vencer a los gabachos, expulsarles más allá de los Pirineos. Triste consuelo. Nos hubieran arrebatado Barcelona, como han hecho con el Rosellón —exclamó el rey.

—Fue una terrible batalla, un año y tres meses de asedio. Pero todo terminó; expulsado el gabacho de armas, hay que dejar la guerra atrás y recuperar lo que bien se pueda.

—Aún más tras el descalabro de Elvas —apuntó la reina de forma hiriente y mojó una pasta como si no hubiera dicho nada.

El marqués asintió, dejando de lado el orgullo mostrado, recordando la terrible derrota sufrida en tierras portuguesas, aquella que tanto había hecho desconfiar al rey de sus consejos en el último año.

—¿Cómo llegasteis a ser protector de ese joven? —preguntó el rey—. Nunca me hablasteis de ello, si bien no faltan palabras gratas sobre sus gestas en vuestros labios.

—Don Alonso de Trujillo, ilustre de Extremadura, salvó mi vida en un lance de guerra, donde perdió la suya. Tras las exequias de los héroes de Elvas, conocí su historia y me conmovió: de cinco varones de tan noble familia, solo Fernando, que llevaba años en la Armada, sobrevivía a las guerras de la Corona. Su madre falleció de pena. Así pues, decidí acogerle bajo mi tutela, a él y a su hermana Rocío, la cual es una joven de proporcionar terribles jaquecas.

—Vaya, una historia conmovedora —aseguró el rey y posó la vista de nuevo en el cuadro, sin dar más importancia a aquellas palabras.

—Tal gracia era lo que merecía por su valor y lo menos que podía ofrecerles, pues huérfanos y sin familia quedaron tras el noble sacrificio de su padre, la muerte de sus hermanos y de su madre.

—Veo, mi buen amigo, que en alta estima le tenéis. Aunque si sigue vivo es por hallarse lejos de vos en la contienda de Elvas, por ser marino y no infante como su padre, como sus hermanos —aseguró el rey, de forma poco cordial.

—Sí, es posible —remugó el marqués.

—¿Qué más podéis decirme de ese joven capitán?

—Fernando destacó en la Armada por su valía en diferentes misiones. No es hombre al que se pueda retener por mucho tiempo en tierra, su afán en busca de gestas con que honrar la Corona le hace surcar el mar a menudo, donde batalla contra berberiscos, a los que ha infligido terribles bajas al mando de un pequeño navío de guerra, hasta hacerse mercedamente con el gobierno del Alcázar de San Juan.

Por un momento, el rey le miró arqueando una ceja.

—Son veintiséis bajeles los que ha hundido, nueve las batallas en el Mediterráneo en que midió su acero y son cuatro rescates los que ha realizado en costas moras en solo cinco años como oficial de la Armada —aseguró el marqués, justificando sus palabras.

—El tal Fernando parece noble, valiente, decidido y sin pretensión alguna para con la Corte, algo esencial. Puede ser nuestro hombre. ¿Qué os parece a vos, querida? —se dirigió el rey a su esposa.

—Parece buen oficial, un verdadero soldado. Posiblemente sea la persona adecuada, su fama nos llega por diferentes bocas y nunca le vimos en la Corte postulando favores, cortejando damiselas ni dejándose querer.

—Comunicadle que pase —dictó el rey.

El marqués sonrió, sabía que tal audiencia era el primer paso para otorgar a su protegido el mando de la gloriosa empresa que se gestaba y tal vez para recuperar, tras la desastrosa derrota de Portugal, la confianza del rey.

Fernando Trujillo fue conducido por los suntuosos pasillos de palacio. Avanzaba tan confuso como excitado ante tal audiencia, quería mostrarse digno, a la altura. Así, vestía sus mejores galas: casaca azul oscuro de paño suave, sobre chupa roja de ribetes plateados, con solapas grandes que mostraban el rojo sangre del forro. Las calzas eran

cortas, trabilladas a la altura de las rodillas; las medias eran blancas y los zapatos de charol con tacón y una gran hebilla en el centro del empeine. En una mano llevaba su sombrero de fieltro negro adornado con plumón blanco; con la otra, mecía el sable de fina hoja de acero que colgaba del biricú de su grueso cinturón.

—Sus Majestades —reverenció la presencia de los reyes.

Después, se mantuvo firme, mostrando el respeto debido, con el rostro atónito, pues ignoraba a qué se debía su presencia ante el mismísimo Felipe IV el Grande.

—Mi fiel amigo, el marqués de Carpio, comenta gestas increíbles de vuestro brazo y corazón. Bien parecen ciertas, pues constan en los archivos de guerra del Almirantazgo con todos los honores. ¿Es ello posible con tan denotada juventud? —preguntó el rey sin desviar la vista del enorme cuadro, con ambas manos atrás.

—Más habrá contado de lo que merezco, el marqués siempre busca mi bien y en ello no pierde palabras que regalen el oído.

El rey se volvió y estudió la insultante juventud de aquel hombre, la larga coleta de su cabello negro, el aseado bigote, la fina perilla, aquella mirada humilde de ojos castaños llenos de vida y el uniforme de capitán de la Armada Española que vestía colmado de condecoraciones.

Y dirigió de nuevo su atención hacia el lienzo.

—Decidme, joven, ¿qué veis en este cuadro?

—¿Majestad?

El rey no contestó, solo meneó levemente la cabeza conforme abría los ojos exageradamente, esperando una respuesta.

La reina alzó el rostro, atenta a sus palabras.

—A vuestra hermosa hija, la infanta Margarita, y resulta maravilloso, pues parece acompañarnos en cuerpo presente.

—Parecéis una persona culta para ser soldado —apuntó la reina.

—¿Tenéis esposa o tal vez una hermosa doncella os espera? —preguntó el rey.

—No estoy comprometido —contestó Fernando.

—¿Y eso? ¿Acaso un joven gallardo tan atractivo como vos no ha conocido una mujer que se desviva por cuidarle, por ser amada? Me parece extraño —replicó la reina, mostrando cierta sorpresa.

—Los asuntos de guerra me mantienen alejado de tales distracciones, en alta mar, y cuando me hallo en la Madre Patria, debo

dedicar mi tiempo al cuidado de mi hermana Rocío y de las fértiles tierras que poseo en Extremadura... y de los marranos —expuso Fernando, un tanto desconcertado.

—¿Marranos? —preguntó el rey.

—Disculpad, Majestad... En verdad, mi buen capitán no ha vuelto a mirar doncella alguna tras la última visita que la hermosa Ginebra de Flandes brindó a la Corte, este otoño pasado; donde quedó preso de su belleza. Bailó con ella en la recepción de ilustres varones de los Tercios y pasearon por los jardines como dos enamorados, yo bien lo sé —apuntó el marqués de Carpio con cierta perspicacia.

—¿Y bien? —preguntó la reina, con curiosidad.

—Ella regresó al norte de Europa en compañía de sus padres y creo que, para nuestro Fernando, tanta belleza y felicidad queda lejos de sus posibilidades o eso debió pensar, pues no se atrevió a pedir su mano —respondió el marqués.

—La soltería es buena compañera en un oficial allende nuestras fronteras, con denotadas responsabilidades, pues la ausencia de esposa e hijos mantiene en calma y orden el espíritu combativo y la mente está en lo que tiene que estar —apuntó el rey—. ¿Y esos marranos? ¿Dan buenos jamones?

—Sí... Sí, todo bellota —aseguró Fernando.

—¿No deseáis una esposa que os de hijos? —preguntó el rey.

—Yo —murmuró Fernando, un tanto perplejo.

—¡Oh! ¡No le hagáis caso! —replicó la reina, con una familiaridad impropia de su estatus—. Veo que sois tan ambicioso en la guerra como temeroso del amor. Pues debéis asumir que en el amor también se debe ser ambicioso, más aún si cabe, y se deben librar batallas que pueden ser muy duras.

Fernando quedó pensativo, sin saber qué contestar ni si debía hacerlo.

—Capitán, voy a encomendaros una empresa que requiere honor, audacia y lealtad. Mi decisión no es debida a que mi buen amigo piense que sois la persona adecuada, que también. Tras estudiar detenidamente los informes del Almirantazgo, creo que estáis debidamente capacitado para ello —expuso el rey.

—¿Majestad? —preguntó Fernando, confuso, todavía ignorante.

—Capitán, yo he de rubricar vuestros derechos como conde de

Trujillo en vuestra tierra de marranos, y más propiedades y honores os he de dar. Además, he de resarciros de las penas y desgracias sufridas en la batalla de Elvas, donde vuestros hermanos y vuestro padre dejaron la vida. Y no solo ello, además haré de vuestro nombre un Grande de España, pues a mi servicio deberéis emprender con éxito una dificultosa empresa, severa, que os ha de llevar tiempo y me temo que cientos de pesares.

Fernando quedó en silencio ante aquellas palabras pronunciadas bien en alto.

Y el rey le miró como esperando respuesta, una reacción.

—Al servicio de España y de Su Majestad estoy y es un orgullo que confiéis en mí para tal empresa —se apresuró en contestar—. Pero decidme de qué se trata, pues ardo en deseos por emprender el camino... ¡Y de brindar mi vida, si ello fuera necesario!

—Veo que además de valiente, sois impetuoso. No seáis inconsciente, calmad vuestro espíritu guerrero, pues todo ha de llegar, pero en su justo momento —apuntó el rey con cierta tranquilidad—. ¿No veis nada más en el lienzo?

—Sí, Majestad. El espejo: esta obra os magnifica a la vez que os excluye.

El rey estiró los labios, se acercó a Fernando y le puso la mano sobre el hombro, mostrándole apoyo y confianza.

—Vuestra amada Ginebra viajará a Madrid en cuanto se halle dispuesta, y marchará tras vuestros pasos, pues vos habréis de partir de inmediato, la causa no puede retrasarse un solo día más —le confirmó—. Capitán, tal vez no le venga mal una esposa que calme su ímpetu y le centre en su labor.

—¡Majestad! —exclamó Fernando, desconcertado—. Ella...

—¿Ella no quiere? —preguntó la reina, limpiándose la comisura de los labios con una suave tela.

—Sí, seguro que sí... Pero no sé si lo espera, ni si será posible, pues sus padres comprometida la tienen con un conde francés.

—¿Un conde francés? ¿Otro gabacho? —preguntó el rey, girándose airado hacia el marqués de Carpio—. ¡Ay, mi buen amigo, hazla traer de inmediato! Ahora que tenemos cierta paz y el Rey Sol yacerá con mi hija María Teresa, no quisiera tener que emprender una nueva guerra con Francia por esa joven de Flandes.

El marqués asintió y posó su mirada orgullosa sobre el joven capitán, el cual aún no salía de su asombro ante tanta deferencia y las novedades habidas. Fernando quedó esperando alguna indicación más y, ante un corto silencio, anduvo hacia el lienzo y lo miró.

El rey le observó, entreabriendo la boca.

—Esta obra ilustra muy bien la entereza y belleza de la pequeña infanta, es una obra diferente, magnífica.

El rey estiró el mentón y regresó su mirada hacia el lienzo.

—Partiréis como almirante de la Armada hacia Cádiz, por decreto. Vuestro destino es el Nuevo Mundo y dispondréis de tres navíos de guerra: el San Jorge de España, la Santa Concepción y el Alcázar de San Juan, que será vuestro buque insignia —le indicó el rey.

Fernando dio un paso atrás al escuchar aquellas palabras, su vista se nubló por un momento ante el asombro, el honor y la responsabilidad tan inmensa que estaba recibiendo por parte del monarca. No acertó a decir una sola palabra.

—Como almirante al mando de los tres navíos de la Corona, se ceñirá a una única empresa: su deber es acabar con la piratería en los mares del Caribe, liderar una ofensiva sin fisuras ni benevolencia que libere los virreinos de Nueva España, Nueva Andalucía, del Perú y de las demás posesiones del Imperio Español de las garras de piratas y demás escorias de su calaña —sentenció el rey, con rotundidad.

—¿Majestad? —preguntó Fernando, aún atónito.

—Esa es vuestra misión, no más, en ello debéis enfocar cada esfuerzo.

—¡Majestad! Haré cuanto esté en mis manos para que así sea, tal y como debe ser. Más incluso, pues todo lo daré por erradicar la plaga belicosa que acosa a nuestras gentes.

—Podéis marchar, ahora. Los títulos otorgados y por rubricar se tramitarán de inmediato —señaló el rey, despidiendo de su presencia al joven capitán, y fijó de nuevo la vista en el lienzo—. Sí, indudablemente es una obra maestra.

Recorriendo los pasillos, Fernando apenas podía reprimir su ímpetu, ni el marqués la alegría de ver encumbrado a su protegido.

—Gracias, excelencia. Sin vuestro apoyo, Su Majestad jamás hubiera pensado en mí para semejante cargo.



—No estoy tan seguro de ello, pero hice lo que bien pude.

—Me hubiera gustado tanto que mis padres y mis hermanos fueran partícipes de esta dicha —aseguró Fernando, mirando al cielo.

—Lo serán sin duda, sentados a la diestra de Nuestro Señor. Pero alegrad esa cara, podéis compartir la dicha con vuestra hermana Rocío. Que por cierto, bien preocupado me tiene la jovencita con sus andaduras y romances pendencieros.

—¿Tiene un nuevo novio? ¿El panadero? ¿Otro artista?

—Fernando, escuchadme: esta es vuestra gran oportunidad de triunfar como un Grande de España, debéis aprovecharla y nada debe descentraros de la empresa a cometer. A la hora de la verdad, los reyes suelen tener poca memoria e ingrata benevolencia ante los favores recibidos por sus súbditos, solo les recuerdan por aquello que salió mal y poco les importa la sangre vertida —replicó el marqués.

—¿Qué queréis decir?

—Mi vida les brindé, grandes victorias coseché para su gloria y, sin embargo, solo soy aquel que perdió Portugal en Elvas, aquel al que a menudo desprecian. El rey no busca resarciros de pena alguna, busca en vos y en vuestro coraje resguardo para el oro de las Américas; si no triunfáis, tened por cierto que a vuestro regreso no seréis nadie. ¿Estáis preparado para acometer tal empresa?

—Destruiré a esos sucios piratas.

—Ándate con ojo, Fernando. No infravalores al enemigo, pues es de temer. En aguas caribeñas, allende nuestros mares, no encontrarás piratas berberiscos sin orden ni concierto. Sí, seguro que te enfrentarás con cobardes filibusteros, bucaneros normandos y piratas andrajosos y sin duda alguna les darás su merecido. Pero ten en cuenta que el corso es nuestra peor pesadilla, debes darles fuerte, muy fuerte, y eso es harina de otro costal. Muchos de ellos son marinos bien preparados, incluso hay barcos de la Corona Británica que se dan a la piratería con la idea de acosar nuestros mercantes y robarnos impunemente, para beneficio y gloria de Carlos II de Inglaterra.

—¡Corsarios!

—Sí. Y, a pesar de la paz, de esta extraña paz, también los hay franceses, holandeses e incluso portugueses. Todos quieren robar a España lo que puedan: riquezas, barcos, territorios, vidas... como los despiadados buitres que son, amparándose en la piratería encubierta.

Bien, debes acabar con ellos, pues cada día que pasa se ceban más con nuestros mercantes y con las poblaciones costeras. De todo ello, hablaremos con más tranquilidad en unos días.

—¿En unos días? ¡No! Mejor hoy, esta misma noche —le interrumpió Fernando—. Estoy impaciente por partir, por saber a qué me enfrento y de qué dispongo en verdad, pues con vuestras palabras temo que la Corona se verá distante desde tan lejos.

—Sí, pero no has de preocuparte en demasía por ello: a nadie has de rendir cuentas, salvo a tu rey y así lo han de saber gobernadores y virreyes de las Españas, pues llegarás a Cartagena de Indias con el sello real como orden y con rango militar que obedecer.

—¿Sabemos quienes serán mis capitanes?

—Contigo marchará el alférez Juan Muñoz Castellanos, es mi deseo y será tu mano derecha. Soldado valiente y fiel, es veterano en las guerras indias de conquista y se las ha visto a menudo con terribles piratas y otros asesinos, peligrosos instigadores que viven en las sombras. De demás capitanes y hombres vos dispondréis, pues tendrán que ser fieles y nadie mejor para formar una escuadra que el mismo almirante.

—¿Castellanos? Le conozco, es hombre de honor y palabra.

—Así es. Sabe de selvas y mares, de indios y gentes. Además, conoce quienes son amigos y a los que serán vuestros enemigos. Lejos se halla la Corona, por ello tenéis que andar con ojo y ser todo un caballero. Tenéis que ser honrado pero firme, sin mostrar titubeo alguno que se pueda traducir como debilidad, y para ello disponéis de tres navíos de guerra y su tripulación, más seiscientos soldados.

—Queréis decir que puedo hallar enemigos entre amigos.

—No quiero decir, Fernando, os lo aseguro.

—Comprendo.

—Lejos de la autoridad de Su Majestad, los hay que se creen dioses: gobernadores, alcaldes, comandantes... Desvergonzados que se han convertido en reyezuelos sin escrúpulos gracias al oro, la plata y las perlas que se extraen de las montañas y los mares del Nuevo Mundo y que nos ocultan. Ah, tenemos mil denuncias de corrupción y malos tratos que no podemos atender. Lamentablemente, el oro que nos mandan los acusados es tan necesario que sin él se hundiría no solo el Imperio, sino toda la Corona.

—Su Majestad debería impedir abusos, la injusticia es semilla fértil de males peores que, tarde o temprano, recaerán sobre la Corona —afirmó Fernando.

—En ello estamos, a pesar de lo disperso que se halla el rey en otros menesteres. Nuestra premisa es crear leyes para impedir tales fechorías. Pero ahora, se impone la protección de los galeones que parten cargados de oro. Nos resulta vital para acabar con los conflictos interiores que no nos dejan crecer, para alcanzar una paz definitiva en Europa que no nos humille. Fernando, en estos momentos de incertidumbre dependemos más que nunca de esas riquezas para que España no sea desgarrada como si fuera una tierna e inocente res en boca de una manada de lobos hambrientos.

—Partiré de inmediato, en cuanto forme la escuadra.

—Ginebra os acompañará tal vez la próxima primavera. Previsor como siempre fui, negocié su dote. No fue difícil: su padre prefirió un yerno poderoso de la Corte del rey de España, antes que a un borracho dueño de un ducado desconocido de la Francia bretona. Además, ella arde en deseos por seguirs hasta el fin del mundo.

—¡Oh! Mi buen amigo... ¡Cuánto os debo! —exclamó Fernando, emocionado, y le dio un fuerte abrazo al marqués—. Pero, ¿seguro que es buena idea? Solo bailé con ella una noche...

—Ya oíste al rey: una boda que calme vuestro ímpetu sería bien vista... y con hijos. Ella es la mujer indicada, la esposa perfecta para vos. Debéis saber que el respeto que recibe del pueblo una familia noble y honrada en Cartagena de Indias es más grande que el que se le profesa a cualquier general.

—Aún no hemos santificado los votos y ya me habéis hecho padre, me abrumáis.

—Pero la amáis, ella os ama —le interrumpió el marqués—. Por supuesto, esperaremos lo oportuno, pero no olvidéis que ella espera.

—Los primeros años mi vida entera será el mar, pues si no ¿cómo combatir? No deseo que me acompañe dama alguna, pues sola viviría y la empresa puede ser muy delicada. Tal vez sería más apropiado emprended nupcias a mi regreso.

—Fernando, medid el tiempo con cautela y volved como un Grande de España. Surgirán mil y uno imprevistos en tan azarosa empresa, que tal vez os hagan desfallecer, pero pensad que no es necesario que

pretendáis lo imposible, sino que culminéis lo posible. Hazles daño, mucho daño a esos malditos piratas, céntrate en el corso, y manda pronto novedades gratas.

—Así lo haré, en ello posaré todo mi empeño.

—Ah, Fernando, otra cosa... Cuando regreséis, con fama y gloria, cargad también vuestra despensa de oro, pues nunca se sabe de qué humor hallaréis la Corte ni cómo amanecerá el día.

\*\*\*

Fernando Trujillo pronto alcanzó su debida fama y respeto en el Caribe y no solo ante el enemigo, sino entre los propios paisanos de la Madre Patria que acostumbraban a hacer sus negocios con piratas y otras calañas semejantes. Desde su llegada, en apenas dos años, los ataques a la flota mercante habían disminuido más del noventa por ciento. Ante su efectividad, muchos piratas que actuaban en la zona trasladaron sus acciones a las rutas holandesas, francesas y portuguesas para evitar los poderosos navíos de guerra españoles, o atacaban poblados en tierra, cuando no terciaban su actividad convirtiéndose en mercaderes esclavistas de hombres negros traídos de África.

Mientras el San Jorge de España y la Santa Concepción escoltaban la flotilla de La Española, protegiendo la Ruta de las Indias, el Alcázar de San Juan mantenía una lucha sin cuartel contra cualquier buque sin pabellón, hundiéndolos, llevando a los prisioneros ante el patíbulo de Cartagena de Indias, donde esperaba la horca, pena inexcusable para todo aquel que practicara la piratería. La misión se desarrollaba según lo previsto: con la presencia de los tres navíos de guerra de la Armada, solo algunos piratas, los más taimados y valientes, se atrevían a vigilar en la distancia, esperando su oportunidad.

\*\*\*

Aquel atardecer de principios de 1662, cuando el Alcázar de San Juan atracó en el puerto de Cartagena de Indias, tras una larga travesía, levantó un nuevo revuelo de gente por saber de las victorias alcanzadas y de los presos que almacenaban las gavias de sus bodegas. Con la arribada del navío de guerra, pronto se realizarían los juicios sumarísimos y las ansiadas ejecuciones públicas como escarmiento de piratas y demás bajezas asesinas. Pero entre tanta gente como había en

los muelles, Fernando solo distinguió a dos personas y quedó atónito: a su querida hermana Rocío, vestida con ropajes viejos y raídos, y a su prometida Ginebra, que más que una dama de alta alcurnia parecía una joven alfeñique de aspecto enfermizo, sofocada por el sol, con la piel quemada y un vestido glamuroso marchito.

En cuanto el Alcázar de San Juan atracó, Fernando descendió con prisa por la pasarela, ignorando las felicitaciones de los marinos, el fervor de la gente; observando con sorpresa el rostro alegre de su hermana y la cara amarga de su prometida. De hecho, Ginebra más que verse esperándole ansiosa por sentirse en sus brazos, parecía estar tremendamente enfadada, mostrando un enorme puchero que parecía estar a punto de explotar en sus mofletes.

—¡Ginebra! —exclamó Fernando, acercándose apresurado—. ¡Rocío! ¿Cómo estás? —se dirigió a su hermana y le soltó un beso seguido de un enorme abrazo.

—Bien, bien —sonrió ella, mostrándose tremendamente feliz.

—Llevo años sin saber apenas nada de vos —murmuró Ginebra, dejando ver su frustración, a la par que extendía la mano ante él.

—A menudo estoy en alta mar, como es mi misión. Y mi buen amigo el marqués de Carpio me aseguró, en su último correo, que vendrías en la próxima primavera en el caso de que no pudiera aún regresar a la Madre Patria —se disculpó Fernando y besó su mano.

—El marqués siempre decía lo mismo, pero nunca era la primavera siguiente.

—El marqués falleció en noviembre —apuntó Rocío, con pena.

Fernando quedó en silencio, dolido, no se esperaba aquella noticia y comprendió el motivo de la inesperada llegada de Ginebra y de Rocío: en la Madre Patria ya no tenían quien las cuidara.

—¿Cómo fue? —preguntó.

—De improviso, nadie lo esperaba —aseguró Rocío.

—Llevo años esperando a mi prometido y ahora, fallecido el marqués, mis padres dudan de nuestro matrimonio y yo me marchito esperando. Siempre temiendo que llegue ese día, el terrible día en que alguien me traiga la noticia de que desapareciste para siempre... ¡engullido por el mar! Pobre de mí —aseguró Ginebra, angustiada.

—No sabía nada, aquí las noticias llegan cuando llegan. Pero ya veréis, ahora todo irá bien —la tranquilizó él, abrazándola.

Y ella se dejó querer.

—¿Estás mejor? —le preguntó Fernando, acariciando su rostro.

—Hemos preguntado por tu palacio, la vivienda del almirante Trujillo. Todos en esta maldita ciudad te conocen, saben de ti, de tus proezas, pero nadie supo indicarnos.

—Pero, ¿dónde habéis estado alojadas? ¿Nadie os atendió?

—Llevamos dos semanas comiendo y durmiendo en una posada por gracia del gobernador, pues apenas tenemos plata. Me temo que la factura será gorda —aseguró Rocío, con una sonrisa maliciosa.

—Permitidme, soy el señor de Lemoine, el gran Jacob Lemoine; es un placer, almirante. Encantado de conocer a un verdadero héroe entre tanto gañán —intervino de forma altiva un joven de delgada figura, delicadas formas, prendas nobles y acento francés.

Fernando le observó sorprendido, preguntándose quién era aquel que se mostraba tan pretencioso al lado de su prometida.

—Ho, perdón, con la emoción se me olvidó presentaros —aseguró Ginebra, despistada y algo ruborizada—. Lemoine es mi primo segundo y hombre de confianza, es de la familia, siempre leal y aplicado, y además es marqués en la Bretonia.

—Sí, soy el marqués de Lemoine. Yo la acompañé para guardar su honor en tan largo viaje, que tan penoso se nos hizo, ni un buen camarote nos dieron y para qué hablar de la pitanza —aseguró, posándose un bonito y blanco pañuelo de encaje en la nariz—. Supongo que ahora dispondréis del alojamiento y la atención debida para Ginebra, con habitaciones separadas, por supuesto, hasta que se celebren las nupcias... Y para mi excelencia, claro. ¡Uf, qué mal huele aquí! Por cierto, necesitaríamos una asignación para poder movernos por esta ciudad con comodidad, como nos es debido.

Fernando le miró un tanto incrédulo, no ya por las exigencias a su persona de aquel desconocido que ruborizaba a su prometida, sino porque aquella voz afrancesada le pareció burlona; y por un momento deseó lanzarlo al mar.

—¿Dónde está tu casa? —preguntó Rocío, enganchada al brazo.

Entonces, Fernando cayó en la cuenta de que su hogar era el Alcázar de San Juan. No disponía ni necesitaba de vivienda alguna en tierra, no tenía ningún palacio donde albergar a su querida hermana, a su prometida ni a aquel extraño personaje.